

**CARTA A LA FAMILIA AGUSTINIANA
CON OCASIÓN DEL 750 ANIVERSARIO
DE LA GRAN UNIÓN DE LA ORDEN
DE SAN AGUSTÍN
1256-2006**

«Anima una et cor unum in Deum»

Queridos hermanos y hermanas:

Al pensar en el tercer año del Jubileo Agustiniiano, las primeras palabras que me vienen a la mente son aquellas con las que Jesús de Nazareth oraba cuando reflexionaba sobre su propia misión: *«Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad. No ruego sólo por estos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado»* (Jn 17,18-21). Esta llamada a la unidad, dirigida a todos los que creen en Jesucristo, es especialmente una característica fundamental de nuestra identidad agustiniana, y este año nos ofrece una oportunidad muy adecuada para reflexionar sobre nuestra vocación a vivir y promover una auténtica unidad en la Iglesia y en el mundo, a través del testimonio de nuestro carisma como discípulos de Agustín.

La celebración del Jubileo nos invita este año a fijarnos en el 750 aniversario de la Gran Unión, y el contexto particular de este acontecimiento en la vida de la Orden puede ser una fuente rica en temas de reflexión que nos ayuden a entender mejor nuestra vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Y

esto es válido también en relación a los diversos institutos religiosos y grupos de laicos que comparten con nosotros la rica herencia de la doctrina y la espiritualidad de san Agustín. La fundación jurídica de la Orden de Ermitaños de San Agustín, en el año 1244, fue posteriormente consolidada en 1256, cuando la Santa Sede integró un gran número de comunidades religiosas en nuestra Orden. A la vez que promovía continuamente su vínculo espiritual con san Agustín y la vivencia de su Regla, nuestra Orden creció también echando raíces dentro del desarrollo de las «órdenes mendicantes», un movimiento que buscaba dar respuesta a las necesidades de la Iglesia en el contexto de los grandes cambios socio-culturales del siglo XIII.

Suele decirse que hoy no vivimos sólo una época de cambios, sino un verdadero cambio de época. Y pienso que, dentro por supuesto de otras coordenadas históricas, lo mismo podría afirmarse de la situación de la sociedad europea en 1256. Las estructuras del sistema feudal se resquebrajaban bajo el influjo de la creciente urbanización y el progreso del comercio, con importantes consecuencias culturales, sociales y religiosas. La pobreza de las clases más humildes contrastaba con el creciente enriquecimiento de los poderosos protagonistas del nuevo desarrollo económico, y hacían su aparición los primeros signos de materialismo y crisis religiosa. Es decir, por expresarlo con un lenguaje actual, se ahondaba la *brecha entre ricos y pobres* y nacía un incipiente y progresivo *proceso de secularización*: así, el siglo XIII fue testigo de los mismos problemas que hoy desafían al Evangelio del Reino.

Ante esta nueva realidad social, la Iglesia supo dejarse interpelar por los *signos de los tiempos*, y buscó la forma de poder llevar a cabo –como hoy también decimos– una *nueva evangelización*. Desde un testimonio evangélico más auténtico y cercano, desde la pobreza y desde dentro de las ciudades, en contraste con el excesivo poder socio-económico del clero secular y el desfase social de los monasterios, alejados de la ciudad y ricos en posesiones. Así surge el nuevo estilo de vida y la espiritualidad de las órdenes mendicantes.

Las características de las órdenes mendicantes, que constituyen una parte de nuestro propio carisma como Agustinos, nos ofrecen la oportunidad de reflexionar una vez más sobre nuestra vida, y nos retan a pensar cómo podemos continuar buscando la renovación de nuestro servicio a la Iglesia. Sin intentar aquí hacer un estudio detallado sobre las órdenes mendicantes, hay desde luego una serie de valores que fueron especialmente importantes en su espiritualidad. Por eso, podemos tener en cuenta los siguientes elementos como guía para nuestra reflexión y celebración:

1. La búsqueda de Dios, que con frecuencia expresamos como la «dimensión contemplativa» de nuestra vida. Los mendicantes eran y querían ser *hombres de Dios para el pueblo*, seguidores radicales de Jesús al estilo de los apóstoles (*vida apostólica*), testigos creíbles del Evangelio desde una intensa *vida de oración*, una atención especial al *culto litúrgico* y una generosa *dedicación al ministerio pastoral*. La insistencia en este aspecto fundamental de la espiritualidad mendicante es notable desde los primeros documentos y legislaciones (*constituciones*).

2. El deseo de imitar a «Cristo pobre», manifestado en una forma peculiar de practicar el voto de pobreza con un estilo de vida auténticamente pobre, sencillo y austero. La mendicidad como signo de pobreza (personal y comunitaria) era una *denuncia* del materialismo y el apego a las riquezas que imperaba no sólo entre los nuevos «burgueses», sino también entre el clero y los poderosos monasterios, y que había originado ya movimientos radicales de reforma y protesta frecuentemente anticlericales. Al mismo tiempo, *anunciaban* una escala de valores diferentes, *más evangélica*, testimoniada con un género de vida más cercana al pueblo y más preocupado por su situación de injusta pobreza y, desde luego, más cercano a la *pobreza* del mismo Jesús y de los apóstoles.

3. La dimensión apostólica de la vida religiosa, como respuesta a las nuevas necesidades de la Iglesia, privilegiando el servicio y la atención a los más pobres, pero con una especial sensibilidad también frente a los desafíos de la crisis religiosa y el peligro de secularización. La *predicación* y la *docencia teológica* en las uni-

versidades, recientemente fundadas, o en estudios propios, fueron por eso dos prioridades de los mendicantes, comprometidos a evangelizar la sociedad urbana desde dentro (*conventos en las ciudades*) con su presencia y su ministerio.

4. La vida fraterna, a imitación de las primeras comunidades cristianas, manifestada en una vida de oración y servicio a los demás y en la forma de gobierno de la comunidad (*capítulos*). El sentido comunitario marca especialmente la identidad de los mendicantes, tanto en su vida interna (fraternidad: son todos hermanos o *frailes*) como en su actividad pastoral: formación de comunidades y extensión de la fraternidad también a los fieles laicos. Las *órdenes terceras* u otros tipos de *fraternidades laicales* fueron también desde el principio una realidad típica e importante para los mendicantes.

No es preciso señalar hasta qué punto estas características o elementos básicos de la espiritualidad mendicante vienen a coincidir, enriqueciéndose mutuamente, con los rasgos fundamentales de la experiencia y la doctrina de Agustín sobre la vida religiosa: *interioridad, comunión de vida y servicio a la Iglesia*. Cuando nuestras Constituciones afirman que a nuestra Orden “le son simultáneamente esenciales la herencia de la «familia religiosa fundada por el mismo San Agustín» y los principios fundamentales de las órdenes de fraternidad apostólica” (n. 7), están subrayando muy acertadamente algo que no podemos olvidar ni dejar de vivir si queremos ser fieles a nuestra *identidad como agustinos/agustinas* y estar en condiciones de *actualizarla auténticamente*.

Porque si hay algo que podemos considerar siempre como típica y específicamente agustiniano es, precisamente, el *equilibrio* (que evita la radicalización unilateral) entre los diversos elementos o dimensiones que se entrelazan en la experiencia humana y en la vida cristiana: inteligencia y corazón, persona y comunidad, Dios y el hombre, gracia y libertad, acción y contemplación. Nuestro carisma exige por eso no separar nunca la *interioridad*, la comunión de vida y el servicio a la Iglesia. La interioridad auténtica enriquece, ilumina y fundamenta la comunión de vida y el servicio a la Iglesia: ayuda a ver el mundo y la sociedad con los ojos de Dios para actuar

coherentemente; ésta comienza en el retiro del estudio y la oración, pero debe llevar necesariamente a la vida y el compromiso cristiano con la realidad. La verdadera *comunidad de vida* no nos aísla ni nos encierra como en un club social exclusivo, precisamente porque se basa en la interioridad, y potencia la búsqueda de Dios y el *servicio a la Iglesia* desde la comunidad, con una sola alma y un solo corazón. Y el servicio a la Iglesia puede ser más generoso y eficaz porque se programa, realiza y evalúa no sólo en equipo, sino con un profundo sentido comunitario y contemplativo.

De igual manera, la armónica integración de los elementos que hemos señalado como característicos de la espiritualidad mendicante es la que da a la misma su identidad y originalidad, y constituye por lo tanto también una exigencia básica de nuestro carisma. La búsqueda de Dios, *la dimensión contemplativa*, dinamiza y hace posibles los demás elementos, que también se complementan entre sí. La pobreza libera para buscar sólo a Dios y servirle en la evangelización de los hermanos y la atención a los más pobres. El *compromiso pastoral* con sus múltiples acciones va acompañado siempre de la oración y la contemplación. Y la fraternidad en el Señor se vive en la comunidad de hermanos que comparten todo, son solidarios con los más necesitados y entienden la propia comunidad como abierta y servidora en relación con toda la Iglesia.

Todo ello es también muy agustiniano, y encaja perfectamente con la vida y doctrina de san Agustín, que insiste en la necesidad de armonizar la contemplación y la acción (*ocio santo y negocio justo, civ. Dei* 19,19), entiende la pobreza evangélica y la comunión de bienes como primera condición para poder buscar a Dios y vivir en comunidad (cfr. *en. Ps.* 131,12; *en. Ps.* 85,3; *Reg.* 1,4; s. 355,4,6), descubre a Cristo presente en los pobres («aquí es pobre y está en los pobres», s. 123,4) y concibe a la Iglesia como el «Cristo total» («la cabeza y los miembros», *Io. ev. tr.* 21,8), a cuyo servicio estamos llamados en la evangelización para que pueda cumplir su misión en el mundo y dar a luz a nuevos cristianos (cfr. *op. mon.* 29,37; *ep.* 48,2).

Estoy firmemente convencido, y quisiera por eso subrayarlo una vez más, de que esta integración armoniosa de los diversos elementos constitutivos de nuestra espiritualidad es fundamental para ser fieles a nuestra identidad, actualizar nuestro carisma, y responder a lo que hoy nos pide la Iglesia y el mundo. Cuando caemos en la tentación de elegir sólo uno u otro de estos elementos, falsificamos nuestro patrimonio espiritual y empobrecemos nuestra identidad como agustinos o agustinas. Si optamos sólo por lo «agustiniano» o lo «mendicante», o queremos vivir solamente en la oración y la contemplación, o solamente en la vida común o en el servicio a la Iglesia, o dedicados exclusivamente a actividades sociales, no estamos siendo fieles a nuestro carisma.

El año 2005, segundo de nuestro Jubileo Agustiniano, ha sido rico en iniciativas relacionadas con la acción pastoral y el compromiso social. Deseo destacar especialmente, con mi gratitud al Señor y a tantos hermanos y hermanas que han participado en las diversas actividades, la realización del proyecto propiciado por el Jubileo en *Babadogo (Nayrobi, Kenia)*. Durante mi última visita a Kenya, en octubre de 2005, tuve el honor de participar en la inauguración del Centro de prevención y atención a las personas víctimas del SIDA, construido con la aportación generosa de prácticamente toda la Orden y otros miembros de la familia agustiniana. En este tercer año jubilar, continuaremos el esfuerzo de buscar medios económicos para realizar dos proyectos en Jos y Abuja (Nigeria).

Durante el año 2006 quisiera invitar y animar a todos los hermanos y hermanas a recordar y celebrar con fe y gratitud la Gran Unión de nuestra Orden, teniendo especialmente en cuenta los siguientes aspectos, como parte de nuestro proceso de renovación:

PROMOVER LA COMUNIÓN EN LA FAMILIA AGUSTINIANA

La dimensión comunitaria de nuestro carisma es siempre un desafío para promover y fortalecer la comunicación mutua, las relaciones interpersonales, el diálogo fraterno, las estructuras de comunión y participación, la colaboración y los proyectos comunes... Dentro de nuestras comunidades, pero tam-

bién con la Iglesia local y la sociedad. y de manera especial, con todos los miembros de la Familia agustiniana:

- Las *Hermanas de vida contemplativa*, parte de la Orden y siempre en comunión con nosotros, recordándonos continuamente la importancia de esta dimensión de nuestro carisma a la vez que esforzándose en una actitud de contemplación verdaderamente agustiniana, que no olvida el compromiso con la realidad y el grito de los pobres.
- Los *institutos, congregaciones religiosas y fieles* agregados o afiliados a la Orden, y todos aquellos que reconocen en san Agustín un padre espiritual en el camino de la vida cristiana.
- Los *laicos de las Fraternidades seculares y de otros grupos agustinianos*, que desde la dignidad de la común vocación bautismal y el deseo de vivir el Evangelio al estilo agustiniano comparten nuestra espiritualidad según su propia vocación y nos acompañan generosamente en la actividad pastoral.

ACTUALIZAR EL SENTIDO Y LA VIVENCIA DE LA POBREZA EVANGÉLICA

San Agustín une frecuentemente el problema de la pérdida de sentido religioso con el de la insensibilidad ante los pobres (especialmente al comentar la parábola del pobre Lázaro, cfr. *Serm.* 41 y 367). El testimonio de una auténtica pobreza evangélica es primordial frente al desafío de la secularización. La injusta pobreza existente en nuestro mundo y el escándalo de la acumulación de bienes y la insolidaridad de los cristianos dificultan la nueva evangelización. Urge redescubrir el sentido de la pobreza evangélica y asumir formas actuales de vivir auténticamente el voto de pobreza. No se trata por supuesto de volver a pedir limosna, pero sí necesitamos planteamos seriamente cómo asumir un estilo de vida libre del materialismo y el consumismo, comprometida con la justicia social y los derechos humanos, realmente solidaria con los más pobres, capaz de compartir con generosidad y de testimoniar en la práctica el sentido humano y cristiano del trabajo y del uso de los bienes de este mundo (cfr. Pablo VI, *Evangelica testificatio*, nn. 16-22). No olvidemos que Agustín exigía poner todos los bienes en común como una con-

dición para entrar en la comunidad, no como un objetivo a alcanzar con el transcurso del tiempo. Podemos honestamente preguntarnos a nosotros mismos cómo ser más fieles a este principio para testimoniar mejor una alternativa viable al sistema económico de nuestra sociedad, viviendo más en sintonía con la justicia y no sólo con la caridad.

COMPARTIR NUESTRA ESPIRITUALIDAD CON LOS LAICOS

Su presencia activa en la Iglesia y su protagonismo en la nueva evangelización (cfr. *Doc. de Santo Domingo*, 1992, n.103) son sin duda un signo de los tiempos que no podemos desatender. Estamos llamados a enriquecer con la espiritualidad agustiniana su experiencia de fe, mientras que ellos nos enriquecen con el testimonio de su compromiso en las realidades temporales y nos ayudan a encarnar en la realidad nuestra vida. La celebración en Roma y Pavía de los próximos Encuentros agustinianos de laicos (12-18 de julio) y jóvenes (1-7 agosto) son una ocasión privilegiada para fortalecer la vivencia compartida de nuestra espiritualidad. Estas experiencias deben luego ser continuadas y concretadas con otras iniciativas en cada país, circunscripción y comunidad local.

La conversión y la renovación de nuestra vida debe, en fin, ser el objetivo final de nuestra celebración jubilar, por la gracia de Dios y por nuestra sincera actitud y activa participación en las diversas actividades programadas. Juntos podemos hacer de esta conmemoración del 750 Aniversario de la Gran Unión una verdadera experiencia de comunión fraterna en nuestra Familia agustiniana, estrechando también nuestra relación fraterna con las demás familias agustinianas, para ser cada vez más signos y promotores de unidad y comunión en la Iglesia y en el mundo de hoy.

Recibid un fraterno abrazo,

**P. Robert F. Prevost, OSA
Prior General
Roma, 27 de noviembre de 2005,
primer domingo de Adviento**

Prot. 320/05